

Cristian, el chico de la guitarra y de ciertos remordimientos

Ricardo Aricapa

Cristian no sabe nada de su padre. Nunca, en los quince años

que ya cumplió, lo ha visto. Ni cuando recién nacido, porque para ese momento su padre ya había abandonado el hogar. Así que ni siquiera en el recuerdo tiene un rastro suyo. Es, pues, un huérfano al que todavía no se le ha muerto el papá.

A Medellín llegó de ocho años, con su familia, en 1999. Y su familia —o lo que quedaba de ella— era su madre, su abuela paterna, y dos hermanos menores. La hermana mayor ya se había ido de la casa y desconocían por completo su paradero. La hacían en Cali dedicada a la mala vida.



Llegaron desplazados de una vereda del municipio de Ituango, dejando la finca, los animales y las pocas pertenencias familiares a la buena de Dios y al libre arbitrio del jefe paramilitar de la zona. Se asentaron en Altos de la Cruz, una barriada de invasión al extremo nororiental de la ciudad, una sucesión de casuchas paradas de cualquier manera —o

de milagro— sobre precarios banqueros labrados en la escarpada montaña. Allí vivieron varias semanas, de arrimados en el rancho de un hermano de su madre, mientras reunían con qué construir un rancho propio: troncos, tablas crudas, latas de zinc usadas, plásticos negros y demás materiales de desecho

propios de la arquitectura del desplazamiento, la misma que hiere el paisaje en una buena tajada de los alrededores de Medellín, donde se calcula que en los últimos diez años han llegado a vivir más de 120 mil desplazados por la violencia, sin contar los echados de sus tierras por el invierno, el hambre, la malaria, la envidia, el glifosato, tantas cosas.



muchas necesidades no resueltas (acueducto y alcantarillado para empezar) y segundo por las acechanzas y los halagos peligrosos. En estas barriadas —sobre todo por la época en que Cristian llegó a Altos de la Cruz— fácilmente se involucran como pasadores de armas o informantes de grupos ilegales, o mandaderos de expendedores de droga. “Carritos” que llaman.

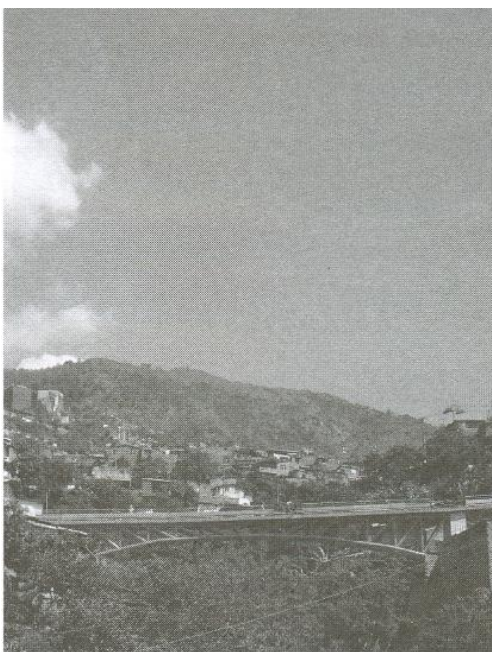
Así, por la puerta del desplazamiento, entró Cristian al conturbado mundo urbano, un mundo para él absolutamente extraño: un nuevo paisaje (desde Altos de la Cruz el Valle de Aburrá lo ve pleno, denso, abigarrado, con apenas unos punticos verdes, cuando para él en Ituango verde era el ochenta por ciento de todo lo que entraba por sus ojos), otros vecinos, otras relaciones, otras tensiones, otras tentaciones, otros sueños; y eso sí: las mismas pesadillas, porque la vida para un niño en un asentamiento de desplazados no debe ser ninguna pera en dulce. Primero por las

Pero Cristian rehusó involucrarse en asuntos tan peliagudos, y menos quiso ser carrito de nadie; él, un chico tranquilo, amable, acomedido, pero también elusivo, independiente, felino. Incluso tiene los ojos rasgados y aceitunos como de gato.

—Es que a mí no me gusta que me la monten—, explica, y con esa simpleza queda dicho todo porque también es un chico de pocas palabras.

Prefirió entonces no hacerse tan evidente en el barrio, ni frecuente en su propia casa, de la que no le gustaba prácticamente nada, más que todo la falta crónica de comida en la nevera. Que ni nevera era. Se les había dañado, y como no tenían con qué mandarla a reparar la usaban como alacena. No recuerda ninguna ocasión en que haya quedado lleno, siempre se acostó con hambre. En su casa sólo había algo para echarle a la sopa los días en que su madre trabajaba. En ese entonces, y todavía, ella trabajaba como empleada en casas de familia, no más de tres o cuatro días a la semana.

En las mañanas Cristian asistía a la escuela más cercana (diez cuerdas falda abajo), donde por lo menos tenía el desayuno asegurado. Por las tardes solía colarse en los buses que iban para el centro de Medellín, en un principio con un vecino y después solo. El almuerzo lo tenía con los chutes que pedía en los restaurantes, y la plata se la rebuscaba con las chokolatinas y galletas que un señor le soltaba para que vendiera en los buses y los semáforos. A las siete de la noche cambiaba las monedas por billetes, le devolvía el plante al señor, y regresaba a la casa. A su madre le entregaba la mitad de las ganancias (la otra



mitad él se la quedaba para gastar al otro día en la escuela), y a veces le llevaba algo de comida; lo que, en justicia, debió haberle granjeado cierto estatus de 'hombre de la casa'. Pero no, su madre igualmente le gritaba y le pegaba, sobre todo cuando se emborrachaba.

Pero una noche (ya tenía diez años cumplidos) decidió no regresar, probar vivir por su cuenta, en la calle. Su mayor mortificación era, desde luego, pasar la noche a la intemperie. Le aterraba tener que dormir en una acera solo, y ninguno de los otros vagabundos le inspiraba la suficiente confianza como para dormir a su lado. Para colmo, esa primera noche llovió e hizo frío. Entonces se las ingenió: se montó al último bus de la ruta de Itagüí, y al llegar a la Terminal se escondió a dormir en la banca de atrás. Así pasó la primera noche fuera de su casa.

La segunda noche repitió el ardid con otra ruta de bus, y también le dio resultado. Y así siguió, unas veces con final doloroso porque de madrugada el conductor del bus lo descubría y lo echaba a los estrujones; y otras con final inconcluso porque lo descubrían antes de poder dormirse y entonces tenía que

amanecer en cualquier acera de la Terminal. Aunque también hubo conductores que lo compadecieron, porque además él les echaba un cuento reforzado sobre sus angustias: que no era de Medellín, que estaba perdido, que llevaba una semana buscando a una tía, y otras mentirillas por el estilo. Incluso hubo un conductor que se lo llevó para su casa y lo alojó dos semanas, y hasta se ofreció a ayudarlo a buscar la tía.

Un mes llevaba en esas, vagabundeando de día en la calle y pasando las noches en las terminales, cuando la suerte le dio la espalda: se encontró con un conductor que no se le comió el cuento de la tía y lo llevó a una estación de policía, la que a su vez lo trasladó al Centro de Referencia de Bienestar Familiar, donde, por no tener antecedentes, decidieron regresarlo a su casa, con su mamá, con la advertencia de que a la segunda pillada ya no lo regresarían más, lo dejarían internado.

Pero no pasaría mucho tiempo antes de que Cristian volviera a sus andanzas. Su casa y su familia no fueron capaces de sujetar su ya probado instinto nómada, que lo apuraba a escuchar el llamado de la selva, la selva urbana. Aprovechó cualquier pretexto y se largó, y esta vez a guerrearla a cielo abierto, de tiempo completo como gamín de camada, con cama de cartones y expuesto a todos los avatares posibles, a las punzadas del frío y los acosos del hambre, a los aguaceros y las resolanas, a la marihuana y la falsa panacea

del pegante, y al oscuro pájaro de la soledad, porque en el caso del gamín sí se puede decir que está solo contra el mundo. Pero también está, y esa es la paradoja —la otra cara de la moneda, el lado luminoso de la trampa en que está metido— como un ángel en un reino de total libertad, porque para los niños vagabundos la calle no es el peor de los mundos, como todos creemos. O por lo menos no es sólo eso, es también lo contrario: una fiesta donde pueden hacer lo que les venga en gana y a la hora que quieran. Siempre que los vigilantes lo permitan, claro.

Todo el día se la pasaba caminando y haraganeando por ahí, conociendo otros niños como él, o más grandes, aprendiendo de ellos. Aprendió, por ejemplo, a robar al escape, sobre todo frutas en puestos callejeros. Pero nada de atracar a las personas, más por miedo que por piedad humana, dice. En la calle la piedad, como la esperanza, es lo primero que se pierde.

—Sólo una vez me robé una cartera. Se la arrebaté a una señora. Y para nada, porque no tenía plata —confiesa.

De sus heridas con arma cortopunzante sólo muestra dos cicatrices, número ridículo frente a los estándares que manejan los gamines curtidos, que no bajan de quince cicatrices en su cuerpo. Es la muestra palpable de su espíritu manso, refractario a las peleas. Mientras éstas puedan evitarse, hay que

evitarlas, era y sigue siendo su lema. Aunque también tenía claro que en la calle hay peleas que no se pueden evitar, que hay que darlas por simple gaje de sobrevivencia; razón por la cual para un gamín siempre será preciso mantener un cuchillo dispuesto en la pretina.

La vida le cambiaría a Cristian cuando conoció a Ciudad Don Bosco, organización de la comunidad salesiana de vieja data en Colombia, cuya misión es precisamente esa: cambiarles la vida a los niños de la calle. Lo llevaron a El Patio, el lugar que esta institución tiene en el centro de Medellín para acoger y atender transitoriamente a los menores de la calle.

¿Cómo llegó allí? Porque los de Bienestar Familiar lo pillaron por segunda vez. Al examinarlo le encontraron un grado avanzado de desnutrición, pero, como cosa rara, poca afección al uso de marihuana y cero adicción al pegante. No los consumía, nunca le gustaron.

Los primeros días en El Patio los pasó asustado, a la defensiva. Después se relajó, encontró amable el lugar y se consideró bien tratado. Así que decidió quedarse, ajeno a las invitaciones de los niños seminternos, los que sólo iban en el día y salían a pasar la noche afuera, en la calle. No se las aceptó, así lo llamaran “Cristian gallina”.

En El Patio evaluaron bien su comportamiento y lo trasladaron a la sede principal de Ciudad Don Bosco, en el barrio Aures, a continuar la segunda etapa del proceso: estudiar los años que le faltaban de escuela, seguir con el bachillerato y por último prepararse para un oficio. Y en esas cumplió cinco años, ya está en noveno y empezó a estudiar en los talleres de artes gráficas.

También en esas descubrió la música, arte para el cual —dicen sus maestros— Cristian tiene un don especial, que ni él mismo sabía que tenía. Su amor por la guitarra empezó tan pronto el profesor le puso una en sus manos, en la clase de estética. También aprendió a tocar piano. O mejor, le tocó aprender a tocarlo para no quedarse por fuera de la orquesta de la institución, integrada por profesores y alumnos, que necesitaba un pianista, no un guitarrista.

Y algo muy importante: los fines de semana empezó a visitar a su madre, que todavía vive en el mismo rancho de Altos de la Cruz. Eso sí, más organizado, por lo menos con nevera y comida adentro. En realidad fue su madre quien lo buscó a él, cuando ella se cambió de religión. La encontró convertida en Testigo de Jehová, de las que salen de casa en casa a explicar la Biblia. Lo otro que encontró fueron dos hermanitas nuevas, conseguidas por su madre cuando todavía no era Testigo de Jehová y se emborrachaba con señores.

Cuando va de visita donde su madre los sábados se lleva la guitarra que le regaló su tutor. Tiene un grupo de vecinitos a los que les enseña a tocar, y él se siente feliz de hacerlo.

Lo que sí lo entristece, y lo pone a cavilar más de la cuenta, es ver a su familia dependiendo del magro salario de su madre, que sigue trabajando en casas de familia. Y más se le avinagra el ánimo, más se avivan sus remordimientos, cuando sus hermanas le piden plata y no tiene para darles; él, el único hombre de esa casa. En esos momentos siente una voz que le dice: termina tus estudios y después consíguete un trabajo; y otra que le dice: salte ya mismo y consigue plata como puedas. Y eso lo asusta. Ya hubo una vez en que no aguantó la presión y, sonsacado por un amigo, tiró todo al carajo y se fue de aventura para Cartagena, parte del tramo en un camión cargado de corotos y parte en otro cargado de terneros. A los dos meses regresó.

Y ahí sigue el hombrecito, entre sus remordimientos y su guitarra.

Cafeteros de Antioquia, Medellín es así: crónicas y reportajes, La persistencia de las ideas: sesenta años de la Biblioteca Universidad de Antioquia y Comuna 13. Crónica de una guerra urbana.

**Ricardo Aricapa (Riosucio- Colombia, 1956). Periodista egresado de la Universidad de Antioquia. Autor de numerosos reportajes y crónicas, ha publicado las obras El libro del agua, Crónicas del agua en Antioquia, Foto Reporter: Carlos Rodríguez, Historia de la aerolínea Aces, 70 años del Comité de*